

## Prefacio

A menudo he reflexionado acerca de la extraña cadena de acontecimientos que me condujo a una prolongada relación con uno de los personajes más singulares y notables de mi época. Si estuviera en un estado de ánimo más filosófico, me podría preguntar hasta qué punto controlamos nuestro propio destino, o si acaso podemos predecir las consecuencias más lejanas de actos que, en su momento, pensamos que carecían de importancia.

Por ejemplo, fue mi primo Arthur quien me recomendó como ayudante de cirujano en el Quinto Regimiento de Fusileros de Northumberland, porque pensó que sería una experiencia que podría resultarme útil, y no podía prever que un mes después sería enviado a Afganistán. En esa época, la contienda que se terminó llamando la Se-

gunda Guerra Angloafgana ni siquiera había empezado. ¿Y qué decir del guerrero ghazi que, con un solo movimiento de su dedo, disparó una bala que se incrustó en mi hombro en la batalla de Maiwand? Novecientas almas británicas e indias murieron aquel día, y no cabe duda que su intención era que yo fuera una de ellas. Pero su puntería fracasó y, aunque estaba muy malherido, me salvó Jack Murray, mi fiel camillero de gran corazón, que consiguió llevarme a cuerdas a lo largo de dos millas de territorio enemigo, de vuelta a las líneas británicas.

Murray murió en Kandahar en septiembre de ese año, así que nunca supo que fui dado de baja y enviado a casa, y que después me dediqué varios meses a malgastar mi existencia, por así decirlo, al margen de la sociedad londinense, como pobre homenaje a sus esfuerzos. Al final, estaba considerando seriamente mudarme a las costas del sur, una necesidad forzada por la cruda realidad de la rápida disminución de mis ahorros. Además me habían sugerido que el aire del mar podría ser bueno para mi salud. Una alternativa preferible habría sido ir a una habitación más barata en Londres, y estuve a punto de alojarme con un corredor de bolsa en Euston Road. La entrevista no fue bien e inmediatamente después tomé una decisión. Me iría a Hastings: quizás menos agradable que Brighton, pero a la mitad de precio. Mis enseres estaban recogidos. Estaba preparado para irme.

Pero entonces apareció Henry Stamford, no uno de mis mejores amigos, sino un conocido que había sido mi ayuda de cámara cuando estudiaba Medicina en Saint Bart.

Si él no hubiera estado bebiendo hasta tarde la noche anterior, no habría tenido dolor de cabeza, y si no hubiera tenido dolor de cabeza, podría no haber decidido tomarse el día libre en el laboratorio químico donde entonces trabajaba. Tras demorarse por Picadilly Circus, decidió pasear por Regent Street hacia la tienda East India House de Arthur Liberty para comprarle un regalo a su mujer. Es extraño pensar que, si hubiera seguido otro camino, nunca se habría chocado conmigo cuando yo salía del bar Criterion, y como resultado nunca habría conocido a Sherlock Holmes.

Porque, como ya he escrito en otra ocasión, fue Stamford quien me sugirió que podría compartir casa con un hombre que él pensaba que era químico analítico y que trabajaba en su mismo hospital. Stamford me presentó a Holmes, que por aquel entonces estaba experimentando con un método para aislar las manchas de sangre. Nuestro primer encuentro fue raro, desconcertante y ciertamente memorable..., un indicio claro de todo lo que estaba por llegar.

Ese fue el momento decisivo de mi vida. Nunca tuve ambiciones literarias. De hecho, si alguien hubiera sugerido que me podría convertir en un autor con obra publicada, me habría reído solo de pensarlo. Pero creo que puedo decir con toda sinceridad, y sin adularme en exceso, que me he vuelto bastante famoso por la manera en que he narrado las aventuras de ese gran hombre, y que sentí un gran honor cuando fui invitado a hablar en su funeral en la Abadía de Westminster, una invitación que rechacé

cortésmente. Holmes había desdeñado frecuentemente el estilo de mi prosa, y no pude evitar creer que, si hubiera ocupado ese lugar en el púlpito, habría sentido cómo me miraba por encima del hombro, burlándose despreocupadamente desde la tumba de cualquier cosa que yo hubiera podido decir.

Siempre creyó que yo exageraba su talento y la extraordinaria perspicacia de su brillante mente. Se reía de la manera en la que yo elaboraba mi narrativa para situar al final la solución que él perjuraba que ya había adivinado en los primeros párrafos. Me acusó más de una vez de vulgar lirismo y no me tenía en más estima que a cualquier plumilla de Grub Street. Pero creo que, por lo general, era injusto. En todo el tiempo que le conocí, jamás vi a Holmes leer una sola obra de ficción —con la excepción, claro está, de los peores ejemplos de literatura sensacionalista—, y aunque no puedo reivindicar el brío de mis escritos, sí puedo decir que cumplieron su función y que él mismo no podría haberlo hecho mejor. De hecho, Holmes casi lo admitió cuando finalmente cogió papel y pluma, y expuso con sus propias palabras el extraño caso de Godfrey Emsworth. Ese episodio se presentó como *El soldado de la piel decolorada*, un título que desde mi punto de vista se queda corto, puesto que ese adjetivo también se podría aplicar a un tejido.

Como decía, he recibido algún reconocimiento por mis esfuerzos literarios, pero ese nunca fue mi objetivo. A través de los diversos giros del destino que ya he contado, yo fui el elegido para sacar a la luz los logros del más

destacado detective-asesor, y presenté no menos de sesenta aventuras a un público entusiasta. Aunque era más valiosa para mí la larga amistad que me unía a ese hombre.

Ha pasado un año desde que Holmes fue hallado en su casa de las Downs, tendido y silencioso; una gran mente acallada para siempre. Cuando oí la noticia, me di cuenta de que no solo había perdido a mi mejor amigo y compañero, sino también, en múltiples aspectos, la razón de mi existencia. Dos matrimonios, tres hijos, siete nietos, una carrera de éxito en el mundo de la medicina y la orden del mérito que me entregó su majestad Eduardo VII en 1908 podrían ser motivo suficiente de satisfacción para cualquiera. Pero no para mí. Hasta hoy mismo sigo echándole de menos, y algunas veces, cuando me despierto, creo que todavía oigo esas palabras tan familiares: «Que empiece el juego, Watson». Solo me sirven para recordarme que nunca más me sumergiré en la oscuridad y la niebla arremolinada de Baker Street con mi fiel revólver del ejército en la mano. A menudo pienso que Holmes me espera al otro lado de esa gran sombra que debe venir a por todos nosotros, y en aras de la verdad, anhelo acompañarle. Estoy solo. Mis viejas heridas me atormentan y, mientras una guerra terrible y sin sentido se desata en el continente, me parece que ya no entiendo el mundo en el que vivo.

Entonces ¿por qué levanto la pluma una última vez y remuevo recuerdos que estarían mejor en el olvido? A lo mejor mis razones son egoístas. Podría ser que esté buscando algún tipo de consuelo, como tantos hombres con lo mejor de su vida ya en el pasado. Las enfermeras que

me atienden me aseguran que escribir es terapéutico y me impedirá recaer en los cambios de humor a los que algunas veces soy propenso. Pero también hay otra razón.

Las aventuras de *El hombre de la gorra* y *La Casa de la Seda* fueron de alguna manera las más asombrosas de la carrera de Sherlock Holmes, pero en aquel momento fue imposible relatarlas, por razones que serán suficientemente evidentes. El hecho de que se enlazaran inextricablemente la una con la otra supuso que no pudiera escindirlas. Y, sin embargo, siempre he deseado dejarlas por escrito para completar los casos de Holmes. En esto me parezco a un químico en busca de una fórmula, o quizás a un coleccionista de sellos raros que no puede enorgullecerse del todo de su selección sabiendo que hay dos o tres ejemplares que han escapado a su dominio. No me puedo contener. Debe hacerse.

Era imposible antes..., y no me estoy refiriendo solo a la conocida aversión de Holmes a la publicidad. No. Los sucesos que voy a relatar eran francamente demasiado horribles, demasiado escandalosos para ser publicados. Todavía lo son. No exagero cuando digo que destrozarían el tejido completo de la sociedad y, sobre todo en tiempos de guerra, es un riesgo que no me puedo permitir. Cuando acabe, suponiendo que me queden fuerzas, envolveré este manuscrito y lo enviaré a las cámaras acorazadas de Cox & Co. en Charing Cross, donde están guardados algunos de mis artículos confidenciales. Daré instrucciones para que el paquete no se abra en los próximos cien años. Es imposible imaginar cómo será el mundo entonces, qué

avances habrá hecho la humanidad, pero quizás los futuros lectores estarán más habituados al escándalo y la corrupción que lo que los míos puedan llegar a estarlo. A ellos les lego un último bosquejo de Sherlock Holmes y un punto de vista desconocido hasta ahora.

Pero ya he malgastado suficiente energía en mis propios temores. Debería haber abierto ya la puerta del 221B de Baker Street y haber entrado en la habitación donde tantas aventuras empezaron. Puedo verlo: el resplandor de la lámpara tras el cristal y los diecisiete peldaños que me separan de la calle. Qué lejanos parecen, cuánto tiempo desde la última vez que estuve allí. Sí. Ahí está, con su pipa en la mano. Se da la vuelta. Me sonrío. «Que empiece el juego...».

## Uno

### El marchante de arte de Wimbledon

**L**a gripe es molesta —observó Sherlock Holmes—, pero tiene usted razón al pensar que, con ayuda de su mujer, el niño se recuperará pronto.

—Espero que sí —repliqué; me detuve y le miré con franca estupefacción. Me estaba llevando la taza de té a los labios, pero la volví a dejar con tanta fuerza que esta y el plato casi se rompen—. ¡Por el amor de Dios, Holmes! —exclamé—. Me ha leído la mente. Juro que no he pronunciado una palabra acerca del niño o su enfermedad. Sabe que mi esposa está fuera. Eso lo ha podido deducir por mi presencia aquí. Pero no le he mencionado la razón de su ausencia y estoy seguro de que nada en mi comportamiento le ha podido dar ninguna pista.



Eran los últimos días de noviembre del año 1890 cuando este diálogo tenía lugar. Londres estaba sumido en un invierno despiadado, las calles estaban tan frías que las propias lámparas de gas parecían congeladas y la poca luz que irradiaban acababa siendo absorbida por la continua niebla. Fuera, la gente iba sin rumbo por las aceras como fantasmas con las cabezas agachadas y las caras cubiertas mientras los landós pasaban traqueteando con los caballos ansiosos por llegar a casa. Y yo estaba contento de estar a cubierto, con un fuego resplandeciendo en la chimenea, el familiar olor a tabaco en el aire y —a pesar del desorden y el caos con el que mi amigo escogía rodearse— la sensación de que todo estaba en el lugar que le correspondía.

Le había expuesto en un telegrama mi intención de ocupar mi vieja habitación y quedarme con Holmes una breve temporada, y me alegré al recibir su conformidad a vuelta de correo. Mi consulta se las arreglaría sin mí. Estaba temporalmente solo. Y tenía la intención de vigilar a mi amigo hasta que estuviera seguro de que había recuperado totalmente la salud. Pues Holmes había ayunado deliberadamente tres días y tres noches, sin tomar comida ni agua, para convencer a un rival particularmente cruel y vengativo de que estaba cerca de la muerte. La treta había tenido éxito y ese hombre estaba ahora en las competentes manos del inspector Morton de Scotland Yard. Pero todavía me preocupaba el esfuerzo al que Holmes se había sometido y pensé que sería conveniente estar pendiente de él hasta que su metabolismo estuviera restablecido.

Así que estaba encantado viéndole disfrutar de un gran plato de bollos con miel de violetas y nata, además de un bizcocho y té, todo lo cual lo había traído la señora Hudson en una bandeja y nos lo había servido. Holmes parecía estar reponiéndose, cómodamente recostado en el sillón grande, vestido con su batín y los pies extendidos frente al fuego. Siempre había sido de natural enjuto, casi esquelético, con esos ojos sagaces acentuados por su nariz aguileña, pero al menos ahora había algo de color en su piel, y su voz y su actitud recordaban mucho a su antiguo yo.

Me había recibido afectuosamente, y mientras me sentaba enfrente de él, sentí la extraña impresión de que estaba despertando de un sueño. Fue como si los dos últimos años nunca hubieran transcurrido, como si nunca hubiera conocido a mi querida Mary, me hubiera casado con ella y nos hubiéramos mudado a nuestra casa de Kensington, adquirida con los beneficios de las perlas de Agra. Podría haber estado todavía soltero, viviendo aquí con Holmes, compartiendo con él la emoción de la persecución y el esclarecimiento de otro misterio más.

Y se me ocurrió que él muy bien podría haberlo preferido de este modo. Holmes raras veces hablaba de mi vida hogareña. Estaba en el extranjero en la época de mi boda y ya entonces yo había pensado que podría no tratarse únicamente de una casualidad. Sería injusto decir que el tema de mi matrimonio estaba prohibido, pero había un pacto sin palabras por el que tampoco lo comentaríamos con detalle. Mi felicidad y satisfacción eran evidentes para Holmes, y era lo suficientemente generoso para no envidiarme.

Nada más llegar, había preguntado por la señora Watson. Pero no había solicitado más información y, desde luego, yo no le había dado ninguna, lo que hacía sus comentarios todavía más insondables.

—Me mira como si fuera un prestidigitador —observó Holmes riéndose—. ¿Debo suponer que ha renunciado a seguir con las obras de Edgar Allan Poe?

—¿Se refiere a su detective, Dupin? —dije.

—Usaba un método que denominó *raciocinación*. Según él, era posible adivinar los pensamientos más íntimos de una persona sin necesidad de que hablara. Lo conseguía estudiando sus movimientos, por el alzado de una ceja. La idea me impresionó mucho en su momento, pero creo recordar que usted se mostraba bastante desdénoso...

—Y sin duda me arrepentiré ahora —convine—. Pero ¿en serio me está diciendo, Holmes, que ha podido adivinar la enfermedad de un chiquillo al que nunca ha conocido solo por mi actitud delante de un plato de bizcochos?

—Eso y bastante más —replicó Holmes—. Puedo decir que acaba de regresar de la estación de Holborn Viaduct. Que salieron de casa con prisas, pero que, aun así, perdió el tren. Quizás la razón es el hecho de que ahora mismo estén sin criada.

—¡No, Holmes! —exclamé—. No me lo creo.

—¿Me equivoco?

—No. Ha acertado en todo. Pero ¿cómo es posible...?

—Es una sencilla cuestión de observación y deducción, que se apoyan una a la otra. Si se lo explicara, le resultaría tremendamente pueril.

—Sin embargo, debo insistir en que lo haga.

—Bueno, como ha sido tan amable de visitarme, supongo que estoy en deuda con usted —contestó Holmes con un bostezo—. Empecemos por la circunstancia que le trae aquí. Si la memoria no me falla, nos acercamos al segundo aniversario de su boda, ¿cierto?

—En efecto. Es pasado mañana.

—Así que es un momento poco común para alejarse de su mujer. Como acaba de decir, el hecho de que haya elegido quedarse conmigo, y por un prolongado periodo de tiempo, podría sugerir que había una necesidad imperiosa para que ella se separara de usted. ¿Y cuál podría ser? Si no recuerdo mal, la señorita que de soltera se llamaba Mary Morston vino a Inglaterra desde la India y no tenía ni amigos ni familia aquí. Fue contratada como institutriz, al cuidado del hijo de la esposa de Cecil Forrester, en Camberwell, donde por descontado usted la conoció. La señora Forrester se portó muy bien con ella, sobre todo en tiempos de necesidad, y me imagino que las dos siguen siendo íntimas.

—Así es.

—Por lo tanto, lo más probable es que, si alguien había requerido la presencia de su esposa lejos de casa, fuera ella. Me he preguntado entonces qué razón podría estar detrás de esta convocatoria y, con este tiempo tan frío, inmediatamente uno piensa en la enfermedad de un niño.

Estoy seguro de que tener a su antigua institutriz de vuelta será muy reconfortante para el afligido muchacho.

—Se llama Richard y tiene nueve años —concedí—. Pero ¿cómo puede estar tan seguro de que es gripe y no algo más serio?

—Si fuera más grave, usted habría insistido en atenderle en persona.

—Su razonamiento ha sido hasta ahora completamente claro y conciso —dije—. Pero no explica cómo ha sabido que estaba pensando en ellos en este preciso momento.

—Me perdonará si le digo que es como un libro abierto, mi querido Watson, y que con cada movimiento pasa otra página. Cuando estaba sentado tomándose el té, observé cómo su mirada se desviaba al periódico de la mesa de al lado. Ojeó el titular y después lo cogió y lo puso boca abajo. ¿Por qué? Quizás le incomodaba el reportaje acerca del accidente ferroviario en Norton Fitzwarren hace unas semanas. Las primeras conclusiones de la investigación de la muerte de diez pasajeros han sido publicadas hoy y, por supuesto, era lo último que le apetecería leer después de dejar a su esposa en la estación.

—Efectivamente, me recordó su viaje —admití—. ¿Y la enfermedad del niño?

—Su atención pasó del periódico al remiendo de la alfombra debajo de la mesa, y le vi claramente esbozar una sonrisa. Por supuesto, ahí era donde guardaba su maletín de médico y esa asociación fue la que le recordó la causa de la visita de su esposa.

—Todo son conjeturas, Holmes —insistí—. Ha mencionado Holborn Viaduct, por ejemplo. Y hubiera podido ser cualquier estación de Londres.

—Sabe que deploro las conjeturas. En ocasiones es necesario enlazar los indicios evidentes con el uso de la imaginación, pero no es lo mismo. La señora Forrester vive en Camberwell. El tren de Londres a Chatham y Dover tiene las salidas programadas desde Holborn Viaduct. Me habría parecido el punto de partida lógico aunque no me hubiera ayudado dejando su equipaje al lado de la puerta. Desde donde estoy sentado, puedo ver claramente una etiqueta de la consigna de equipajes de Holborn Viaduct pegada al asa.

—¿Y lo demás?

—¿Lo de que haya perdido a su criada y tuviera prisa? La mancha de betún negro en el lateral del puño de la manga izquierda apunta claramente a ello. Se limpió sus propios zapatos y lo hizo sin mucho esmero. Es más, con las prisas, se dejó olvidados los guantes.

—La señora Hudson recogió mi abrigo. Podría perfectamente haberse llevado mis guantes.

—En ese caso, cuando nos estrechamos las manos, ¿por qué las tuyas estaban tan frías? No, Watson, su porte entero habla de desorganización y desaliño.

—Todo lo que dice es correcto —admití—. Pero un último misterio, Holmes. ¿Cómo podía estar tan seguro de que mi esposa perdió el tren?

—En cuanto llegó, noté un fuerte aroma a café en su ropa. ¿Por qué iba a tomarse un café justo antes de venir a mi casa a tomar el té? La conclusión es que perdió el tren y se

vio obligado a quedarse con su mujer más tiempo del que esperaba. Guardó su maleta en la consigna de equipajes y se fue con ella a una cafetería. ¿Acaso Lockhart's? Me han dicho que el café allí es bastante bueno.

Hubo un breve silencio y luego estallé en carcajadas.

— Bueno, Holmes, veo que no hay razón para temer por su salud. Sigue tan excepcional como siempre.

— Era bastante elemental — contestó el detective con un indolente gesto de la mano —. Pero a lo mejor algo más interesante se acerca. A no ser que me equivoque, esa es la puerta principal...

Efectivamente, la señora Hudson entró una vez más, en esta ocasión acompañando a un hombre que apareció en la habitación como si lo hiciera en los teatros de Londres. Iba vestido de etiqueta con un frac, cuello de punta y pajarita blanca con una capa negra sobre los hombros, chaleco, guantes y zapatos de charol. En una mano sostenía un par de guantes blancos y en la otra, un bastón de palisandro con empuñadura de plata. Su cabello era sorprendentemente largo, recogido hacia atrás sobre una frente ancha, y no llevaba barba ni bigote. Tenía la piel pálida, la cara un poco demasiado alargada para ser realmente atractiva. Diría que su edad podría rondar los treinta y tantos años y, sin embargo, la seriedad de su conducta, su evidente incomodidad por estar en este lugar le hacían parecer mayor. De pronto me recordó a algunos de los pacientes que habían venido a mi consulta; aquellos que se habían negado a creer que estaban enfermos hasta que sus síntomas les habían persuadido de lo contrario. Siempre eran

los que tenían las enfermedades más graves. Nuestro visitante se presentó ante nosotros con igual renuencia. Se quedó esperando en el vano de la puerta, mirando ansiosamente a su alrededor, mientras la señora Hudson entregaba a Holmes su tarjeta de visita.

—Señor Carstairs —dijo Holmes—. Por favor, tome asiento.

—Discúlpenme por llegar de esta manera..., sin que me esperaran y sin avisarles. —Tenía una manera de hablar bastante seca y entrecortada. Sus ojos no terminaban de cruzarse con los nuestros—. Realmente, no tenía intención de venir aquí. Vivo en Wimbledon, cerca del parque, y he venido a la ciudad por la ópera, aunque no tenga ganas de ver a Wagner. Acabo de llegar de mi club de caballeros, donde me he encontrado con mi contable, un hombre al que conozco desde hace muchos años y que ahora considero un amigo. Cuando le conté los problemas que he estado teniendo, la sensación de angustia que me está complicando la vida con tanto encono, él mencionó su nombre y me instó a consultarle. Por casualidad, mi club no está lejos de aquí, así que decidí venir directamente.

—Estaré encantado de prestarle toda mi atención —dijo Holmes.

—¿Y este caballero? —Nuestro visitante se giró hacia mí.

—El doctor John Watson. Mi consejero más allegado, y le puedo asegurar que todo lo que me quiera decir puede ser expuesto en su presencia.

—Muy bien. Me llamo, como puede ver, Edmund Carstairs y de profesión soy marchante de arte. Tengo una



galería, Carstairs y Finch, en Albemarle Street, que lleva abierta seis años. Estamos especializados en las obras de los grandes maestros, principalmente de finales del último siglo y principios de este: Gainsborough, Reynolds, Constable y Turner. Le resultarán familiares sus cuadros, supongo, y sabrá que alcanzan los precios más elevados. Esta misma semana he vendido dos retratos de Van Dyke a un particular por 25.000 libras. Nuestro negocio tiene éxito y hemos prosperado, a pesar de todas las nuevas galerías (todo sea dicho, inferiores a la nuestra) que brotan en las calles aledañas. A lo largo de los años nos hemos construido una reputación de seriedad y fiabilidad. Entre nuestros clientes figuran muchos miembros de la aristocracia y hemos visto nuestras obras expuestas en algunas de las mejores mansiones del país.

—¿Y su socio, el señor Finch?

—Tobias Finch es bastante mayor que yo, aunque somos socios a partes iguales. Si hay algo en lo que no coincidimos es que él es más precavido y conservador que yo. Por ejemplo, yo estoy muy interesado en algunas de las nuevas obras que nos llegan desde el continente. Me refiero a los pintores que se conocen como *impressionistes*, como Monet y Degas. Hace solo una semana me ofrecieron una marina pintada por Pissarro que consideré bastante encantadora y llena de color. Lamentablemente, mi socio pensó lo contrario. Insiste en que tales obras no son más que borrones, y aunque es cierto que algunas de las formas no se distinguen mirándolas de cerca, no puedo convencerle de que no comprende lo esencial. De todas

maneras, caballeros, no les aburriré con un sermón sobre arte. Somos una galería tradicional, y por ahora nos mantendremos así.

Holmes asintió con la cabeza.

—Por favor, continúe.

—Hace dos semanas, señor Holmes, me di cuenta de que me observaban. Ridgeway Hall, que es el nombre de mi casa, está en la acera de un callejón estrecho con varios asilos al final. Esos son los vecinos más cercanos. Lo que nos rodea es propiedad comunal y desde mi vestidor se ve el parque municipal. Fue allí, el martes por la mañana, donde me fijé en un hombre de pie, con las piernas separadas y los brazos cruzados, y me impresionó su extraordinaria quietud. Estaba demasiado lejos como para distinguirlo con claridad, pero yo diría que era extranjero. Vestía una levita larga con hombreras, con un corte que estoy seguro de que no era inglés. De hecho, estuve en América el año pasado y, si tuviera que adivinarlo, diría que es originario de ese país. De todas formas, lo que más me impactó, por las razones que ahora les contaré, fue que además llevaba sombrero, una gorra plana con visera, como las que a veces llevan los vendedores de periódicos.

»Fue eso y la manera de quedarse de pie allí lo primero que atrajo mi atención y me desconcertó. Juro que no podría haber estado más quieto aunque hubiese sido un espantapájaros. Estaba lloviznando, y se levantó un ligero viento, pero él no parecía notarlo. Sus ojos estaban fijos en mi ventana. Les puedo decir que eran muy oscuros y

que parecían querer perforarme. Le observé por un minuto, a lo mejor un poco más, y me bajé a desayunar. Aunque antes de comer mandé al chico de los recados a ver si el hombre seguía fuera. No estaba. El muchacho volvió y dijo que el parque estaba vacío.

—Un suceso extraño —comentó Holmes—. Pero Ridgeway Hall es, estoy seguro, un edificio singular. Cualquiera que visite este país puede haber pensado que merece ser examinado de cerca.

—Y eso me dije a mí mismo. Pero unos días después le vi por segunda vez. Mi esposa y yo acabábamos de salir del teatro, habíamos estado en el Savoy, y allí estaba, al otro lado de la calle, vistiendo el mismo abrigo, y otra vez con la gorra. Podría no haberlo visto, señor Holmes, pero, como la otra vez, se quedó inmóvil y, con la multitud pasando a su lado, parecía una roca sólidamente aposentada en un río caudaloso. Me temo que no pude distinguirlo claramente, pues aunque se había situado a la luz directa de una farola, le hacía sombra en la cara y se la velaba. A lo mejor era esa su intención.

—Pero ¿está seguro de que era el mismo hombre?

—No tengo la menor duda.

—¿Lo vio su esposa?

—No. Y no quería preocuparla si se lo mencionaba. Teníamos un cabriolé esperándonos y nos fuimos.

—Es muy interesante —observó Holmes—. El comportamiento de este hombre carece de sentido. Se para en medio de un parque municipal y debajo de una farola en la calle. Por un lado, es como si hiciera todo lo posible

para ser visto. Y, sin embargo, no hace el menor intento de aproximarse a usted.

—Se me acercó —replicó Carstairs—. Al día siguiente, de hecho, cuando regresé pronto a casa. Mi amigo, Finch, estaba en la galería clasificando una colección de dibujos y aguafuertes de Samuel Scott. No me necesitaba y yo todavía estaba un poco inquieto después de las dos apariciones. Llegué a Ridgeway Hall un poco antes de las tres, y menos mal, porque allí estaba el granuja, aproximándose a la puerta principal. Le llamé, se dio la vuelta y me vio. De inmediato, empezó a correr hacia mí y estaba seguro de que me iba a golpear, incluso levanté el bastón para defenderme. Pero su objetivo no era la violencia. Vino derecho hacia mí y, por primera vez, vi su cara: labios finos, ojos de color castaño oscuro y una cicatriz violácea en la mejilla derecha, fruto de una herida reciente de bala. Había estado bebiendo. Podía olerlo en su aliento. No pronunció palabra, pero sacó un papel y lo depositó con fuerza en mi mano. Entonces, antes de que pudiera pararle, escapó.

—¿Y el papel? —preguntó Holmes.

—Lo tengo aquí.

El marchante sacó un trozo de papel, doblado en cuatro, y se lo dio a Holmes. Este lo desplegó cuidadosamente.

—Mi lupa, por favor, Watson. —Mientras le tendía la lupa, se volvió hacia Carstairs—. ¿No había sobre?

—No.

—Creo que es un detalle muy importante. Pero veamos...

En el papel había seis palabras escritas en mayúsculas.

«IGLESIA DE SANTA MARÍA. MAÑANA. MEDIODÍA».

—El papel es inglés —observó Holmes—. Aunque su visitante no lo sea. Habrá notado que escribe en mayúsculas, Watson. ¿Cuál podría ser su propósito?

—Disimular la caligrafía —dije.

—Es posible. Aunque teniendo en cuenta que este hombre nunca ha escrito al señor Carstairs y que no parece probable que le vuelva a escribir, uno creería que su letra tampoco tendría tanta importancia. ¿Estaba el papel doblado cuando se lo entregó, señor Carstairs?

—No. Creo que no. Lo doblé yo mismo más tarde.

—Lo veo más claro cada minuto que pasa. La iglesia a la que se refiere, Santa María, ¿acaso está en Wimbledon?

—Está en Hothouse Lane —contestó Carstairs—. A unos minutos de mi casa.

—Su conducta también carece de toda lógica, ¿no cree? El hombre desea hablar con usted. A tal efecto, le entrega un mensaje. Pero no habla. Ni siquiera pronuncia una palabra.

—Creo que quería hablar conmigo en privado. Y resulta que mi esposa, Catherine, salió de la casa momentos después. Estaba en el comedor, cuya vista da a la calle, y había visto lo que acababa de pasar. «¿Quién era ese?», me preguntó. «No tengo ni idea», contesté. «¿Qué quería?». Le enseñé la nota. «Seguro que quiere dinero —dijo—. Le acabo de ver por la ventana, un sujeto mal encarado. La semana pasada había gitanos en el parque. Debe de ser uno de ellos. Edmund, no debes ir». «No tienes de qué preocuparte, cariño —contesté—. No tengo intención de ir».

—Tranquilizó a su esposa —murmuró Holmes—, pero fue a la iglesia a la hora convenida.

—Exactamente, y me llevé el revólver. No estaba allí. Esa iglesia no está muy bien cuidada y hacía un frío desagradable. Paseé por el embaldosado durante una hora y volví a casa. No he vuelto a saber nada de él y no le he vuelto a ver, pero no puedo dejar de pensar en él.

—Porque conoce a ese hombre —dijo Holmes.

—Sí, señor Holmes. Ha ido directo al meollo. Creo que reconozco la identidad de este individuo, aunque confieso que no logro ver el razonamiento que le ha llevado a esa conclusión.

—Me parece muy evidente —replicó Holmes—. Solo le ha visto tres veces. Le ha solicitado una reunión, pero no se ha presentado. De nada de lo que usted ha contado podría inferirse que ese hombre es una amenaza, pero usted empezó diciéndonos los problemas y la angustia que le han traído hasta aquí, y ni siquiera iría a su encuentro sin un arma. Y todavía no nos ha comentado la relevancia de la gorra.

—Sé quién es. Sé lo que quiere. Me horroriza que me haya seguido hasta Inglaterra.

—¿Desde América?

—Sí.

—Señor Carstairs, su historia es muy interesante, y si tiene tiempo antes de que empiece la ópera, o quizás si no le importa privarse de la obertura, creo que nos debería contar la historia completa. Mencionó que estuvo en América hace un año. ¿Fue entonces cuando conoció al hombre de la gorra?

—Jamás le conocí. Pero él fue la razón de que estuviera allí.

—¿Le importa que rellene mi pipa? ¿No? Retrocedamos y cuéntenos sus negocios al otro lado del Atlántico. Diría que un marchante de arte no es propenso a crearse enemigos. Pero parece que usted sí lo hizo.

—Así es. Mi enemigo se llama Keelan O'Donaghue y rezo por no haber oído jamás su nombre.

Holmes alcanzó la pequeña bolsa persa donde guardaba el tabaco y empezó a rellenar su pipa. Mientras, Edmund Carstairs tomó aire, y esta es la historia que contó.